

- Nombre: Aida Espinoza Álvarez.
- Cargo: Inspectora del establecimiento.
- Colegio Providencia del Sagrado Corazón de Temuco

## EL MISTERIO DE LA SALA 16

Desde pequeña llegué a este colegio, pero nunca había puesto atención a un espacio solitario que se encuentra junto al patio techado.

El pasto crecía desordenado, y yo me preguntaba qué insectos o bichos podría encontrar en ese lugar que casi era un sitio eriazo. Y siempre me preguntaba ¿cómo es que no hay ninguna puerta ahí?

Yo salía de clases a las 15:40, y algunos días me quedaba a taller.

Un día, después del taller de karate, cuando ya me iba a ir, me di cuenta de que hacía mucho frío y recordé que se me había quedado la parka en la sala. Me devolví corriendo a buscarla, y crucé el colegio desesperada, esperando que la sala estuviera abierta. Uff, por suerte estaba abierta, y allí estaba mi parka. Me la puse y regresé corriendo, no sin antes volver a mirar a través de esa ventana del patio techado, aquel espacio secreto que tanto me intrigaba.

Me llevé una enorme sorpresa cuando vi a una ancianita que estaba ahí, sacando con sus propias manos la maleza, y trasplantando unas hermosas flores.

Fui corriendo a contarle al guardia, quien me dijo no tener conocimiento de que alguien entrara a aquel lugar que se veía como abandonado.

Me acompañó, pero cuando llegamos a aquella ventana, ya no estaba. Sólo se observaba un rincón con esas pequeñas flores de color fucsia que daban vida sutilmente a aquel lugar.

Cada día me sentía más intrigada con lo ocurrido.

El 28 de marzo era la primera reunión de apoderados en el colegio, la cual como es tradición, comienza con una asamblea general en el gimnasio. Con mis amigas Luisa, Marcela y Agustina, nos pusimos de acuerdo para asistir, aunque sabíamos que se recomienda sólo asistan los adultos. A nosotras nos encanta esa instancia para jugar. Extrañamente ese día no había tantas niñas.

Mientras comenzaba la reunión, entramos al colegio a jugar por todos los espacios. Subíamos y bajábamos escaleras jugando a la tiña, y luego a la escondida. Fue en este último juego, en que buscábamos por todas las dependencias dónde encontrar el mejor escondite, hasta que sin darnos cuenta llegamos al fondo del pasillo de artes deteniéndonos junto a la puerta de la sala 16, nos quedamos mirándola, y estaba semi abierta. Entramos con Luisa a escondernos de Agustina y Marcela, obviamente sin encender la luz. De pronto se sintió una

brisa que movió las cortinas, miramos hacia la ventana y descubrimos junto a ella una puerta. Esto era muy extraño, que una sala de clases tuviera una segunda puerta.

Algo nos decía que no intentáramos abrir, pero la curiosidad nos superó.

Nos acercamos sigilosamente, estaba sin llave, y fue así como sin quererlo, ya estábamos adentro del jardín secreto, aquella intriga que a esta altura ya me quitaba el sueño.

Luisa estaba impresionada. En una pared que no se podía ver desde el patio techado, colgaban maceteros repletos con gran diversidad de plantas medicinales. Y ese rincón donde al principio hace algunos días había visto sólo unas pocas flores fucsias, se había transformado en un frondoso jardín con flores de múltiples tamaños y colores.

Se estaba oscureciendo, ya se estaba haciendo de noche, y de repente, aquella anciana que había visto hace algún tiempo estaba ahí, junto a nosotras. El corazón casi se nos sale por la boca, ya que estaba completamente vestida de negro y llevaba cubierta la cabeza con una tela.

Nos miró tiernamente. Sólo con su mirada calmó nuestra ansiedad. Tocó las plantas, y pudimos ver que un destello de luz salía de sus manos.

Nunca había sentido tanta paz y felicidad como en ese momento.

Las luciérnagas comenzaron a rodearnos logrando iluminar sutilmente aquel bello jardín. Fue ahí, cuando ella fijó su mirada y nos dijo:

¡Poco a poco se construyen las grandes obras!

Me pareció haber escuchado eso antes, pero no podía recordar bien.

Con Luisa queríamos tocar las flores, y cuando nos volteamos a ver a la ancianita, ella estaba entrando por la puerta desde el jardín hacia la sala 16.

Corrimos para alcanzarla sin éxito, chocando en el pasillo de Artes con Marcela y Agustina que nos andaban buscando.

Todavía estábamos extrañadas con lo que habíamos vivido en tan corto espacio de tiempo.

Nos fuimos todas corriendo hacia el gimnasio, pero justo en ese momento venían ingresando todos los apoderados rumbo a la reunión de cada uno de los cursos.

Trataba de recordar dónde había escuchado antes aquellas palabras:

“¡Poco a poco se construyen las grandes obras!”

Es por eso que con Luisa nos acercamos a la profesora de ciencias para que nos apoyara en nuestro proyecto “El jardín Secreto”